

Jesús, el mediador de un nuevo Pacto

Hebreos 8:1 al 10:18

La superioridad del sacrificio de Cristo

Hebreos 9-10

El sacrificio típico

Hebreos 10:1-3

En los capítulos 8 y 9 nuestro autor se ha esforzado en mostrarnos la superioridad del ministerio sacerdotal de Cristo, quien no solo es el sacerdote sino también el mediador y la ofrenda. Él se asegura de que todo en el proceso de la redención de su pueblo sea efectivo y perfecto, con el fin de ofrecer una salvación perfecta.

Ahora en el capítulo 10 el autor profundiza un poco más en el tema de la eficacia del sacrificio de Cristo, sin abandonar su técnica del contraste. En los versos 1 al 18 presenta la suficiencia del sacrificio de Jesús para perdonar de una vez para siempre los pecados de los que creen en él, en contraste con la insuficiencia de los sacrificios de la antigua dispensación.

Luego, en los versículos 19 al 39 el autor lleva a sus lectores hacia una aplicación práctica de todo el contenido doctrinal previo, a través de una exhortación. Primero les anima a disfrutar con plena confianza la nueva relación de comunión que tienen con Dios gracias al sacrificio perfecto de Cristo, y luego les exhorta a la perseverancia. Por cierto, esta exhortación del capítulo 10 es tal vez uno de los pasajes más discutidos, conflictivos y difíciles de la epístola.

Con este panorama abordemos el estudio del capítulo 10. En esta oportunidad nos enfocaremos solo en los versos 1 al 4. En esta sección el autor presenta la insuficiencia de los sacrificios típicos frente a la perfecta eficacia del sacrificio de Jesús. Los sacrificios en la antigua dispensación eran solo sombras que prefiguraban la realidad de la perfección ofrecida por nuestro Cordero de Dios.

v. 1 “Porque la ley, teniendo la sombra¹ de los bienes venideros, no la imagen² misma de las cosas, nunca puede, por los mismos sacrificios que se ofrecen continuamente cada año, hacer perfectos a los que se acercan”

En la continuación del discurso sobre la eficacia del sacrificio de Jesús, nuestro autor ahora contrasta la Ley con dicho sacrificio. Es posible que con la palabra “Ley” se refiera a todo el Antiguo Testamento, de manera especial en referencia a las leyes sacrificiales, que es el punto principal de su argumento.

Estas leyes sacrificiales no eran más que sombras de los bienes venideros. Nuestro autor ya comparó al santuario terreno (el tabernáculo en el desierto y el templo de Jerusalén) con el santuario celestial. Al terreno le llamó sombra y copia de lo que hay en cielo (8:5), mientras que al celestial le denominó como el verdadero.

Hemos visto lo recurrente que es el autor en el uso del método de la repetición o el tratar asuntos parecidos en distintas partes de su epístola. Su propósito es conducirnos a interiorizar de manera comprensiva el mensaje central de su enseñanza: El sacrificio de Jesús es superior en todo sentido a los rituales del antiguo pacto.

No solo el tabernáculo y el sacerdocio ejercido en él son sombras de una realidad más excelsa, sino que la misma Ley que establecía la necesidad de sacrificar animales cada año para expiar los pecados, *contenía* las sombras de una realidad perfecta. La palabra sombra no debe tomarse en el sentido de la filosofía platónica como si se tratara de una copia imperfecta de la idea celestial, sino más bien como una prefiguración o un tipo. El apóstol Pablo en Colosenses 2:17 dice que las leyes sobre la comida, bebida, días de fiestas, no es más que “*sombra de lo que ha de venir...*”

El autor no está minimizando aquí la importancia de la Ley, pues, lo que se constituye en sombra son los sacrificios y ceremonias que la Ley imponía.

Los rituales celebrados en el culto antiguo actuaban como un tipo imperfecto que apuntaban al antitipo perfecto, es decir, a Jesús. Por eso cuando Juan el Bautista presenta al

¹ El autor usa la palabra *Skiá* “que quiere decir un reflejo nebuloso, una mera silueta, una forma sin realidad” (Barclay William. Comentario al Nuevo Testamento. Página 908)

² *Eikón*. Una imagen sólida, completa, un retrato exacto.

Cristo ante la gente que estaba bautizándose en el Jordán dice “*Este es el cordero de Dios, que quita el pecado del mundo*” (Juan 1:29). Ahora, Jesús era un hombre no un cordero, pero Juan está usando la figura del antiguo testamento para señalar a Cristo. Él cumpliría de manera perfecta lo que se pretendía conseguir a través del sacrificio de animales.

De manera que la ley sacrificial como sombra lo es en el sentido de prefigurar o como un tipo.

¿Cuáles son los bienes venideros de los cuales la ley era solo una sombra? El sacrificio perfecto del verdadero Cordero de Dios y todas sus consecuencias, su ministerio sacerdotal en los cielos a través del cual garantiza nuestro libre acceso a la presencia del Padre. Esto no se pudo alcanzar en la antigua dispensación.

La ley tenía estas sombras: un sacerdote que intercedía por su pueblo, un lugar santísimo donde se presentaba ante Dios en representación del pueblo, unos elementos de culto, sacrificios que procuraban la expiación por el pecado y la reconciliación con Dios, todo esto lo ordenó Dios y tuvo ciertos propósitos. Pero eran solo sombras, no la realidad misma.

Ahora, el autor dice que esta ley sacrificial era sombra pero no la imagen misma de las cosas o los bienes reales. ¿Qué diferencia existe entre sombra y copia? La palabra usada por nuestro autor para *imagen* es *eikon*, lo cual significa “una réplica exacta, no una reproducción imperfecta y parcial, sino una manifestación adecuada a la misma realidad”³. Jesús es la imagen (*eikon*) de Dios (2 Co. 4:4; Col. 1:15), él refleja de manera perfecta al Padre, no es una sombra imperfecta, como si lo fueron los sacrificios mosaicos frente al sacrificio de Cristo. Los creyentes fuimos llamados para ser hechos conformes a la imagen (*eikon*) de Jesús. “*A los que antes conoció, también los predestinó para que fueran hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que Él sea el primogénito entre muchos hermanos*” (Rom. 8:29). “Cristo hace visible al Invisible en forma absoluta y plena. Quienes vieron a Jesús vieron a Dios y vieron al Padre (Jn. 14:19). Nuestro objetivo en la vida cristiana debe ser el llegar a reflejar el carácter de Cristo en nosotros.

³ Bruce, F. F. Hebreos. Página 229

De manera que aunque los sacrificios mosaicos cumplieron un papel importante en la historia de la redención, ellos no fueron considerados nunca como la imagen misma de la realidad celestial, sino solo como una imperfecta sombra, un imperfecto tipo, una imperfecta prefiguración de la realidad que vendría después en la persona de Jesús.

Esto significa que los creyentes ahora gozamos de la perfección, de los bienes venideros, que fueron introducidos en la historia de la redención por Jesús. Aunque todavía falta que llegue la completa manifestación de estos bienes venideros, pues, el cuadro no está completo aún, faltando la completa liberación de la presencia del pecado en la vida de los creyentes. La culpa del pecado fue quitada, el poder del pecado está siendo minado a través de la obra de santificación, pero la presencia del pecado en nosotros solo se dará en la glorificación, pero esta esperanza es tan cierta en nosotros que el apóstol Pablo la ve como algo realizado cuando dice “*Y a los que predestinó, a estos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó*” (Ro. 8:30).

Las ceremonias del antiguo pacto eran como el tosco esbozo o bosquejo inicial que delinea un pintor y sobre el cual, poco a poco, empezará a poner los colores hasta que logra tener el cuadro completo. El sacrificio de Jesús es el cuadro completo, la idea perfectamente desarrollada. Pero debemos tener en cuenta lo que dice Calvino “... la ley no fue inservible, ni sus ceremonias infructuosas. Pues aunque la imagen de las cosas celestiales no estaba terminada en ellas, con el toque final del artista, sin embargo, la representación fue de gran provecho para los patriarcas”⁴.

Ahora, el autor dice que la Ley de sacrificios en el Antiguo Pacto tenía una debilidad muy grande, una imposibilidad: *Nunca puede. ¿Qué es lo que no podían hacer los sacrificios judaicos? Hacer perfectos a los que acercan.* Los adoradores no podían alcanzar la perfección a través de los sacrificios que año tras año se celebraban en el día de la expiación. Y que este ritual no podía hacer perfectos a los adoradores queda demostrado en el hecho de la repetición que se requería cada año de los sacrificios de animales.

⁴ Calvino, Juan. Epístola a los Hebreos. Página 199

Ya hemos visto, en estudios anteriores, que esta perfección que no podían dar los sacrificios judaicos se refiere a la limpieza del adorador, sus conciencias no eran libradas del peso de la culpa que producían sus constantes pecados.

v. 2 “De otra manera cesarían de ofrecerse, pues los que tributan este culto, limpios una vez, no tendrían ya más conciencia de pecado”.

Es obvio que Dios nunca estipuló que la ley de los sacrificios mosaicos permaneciese para siempre, pues, esto significaría que los adoradores nunca gozarían plenamente de comunión perfecta con el Padre celestial. En el versículo anterior se dijo que los mismos sacrificios se repiten año tras año debido a que no perfeccionan al adorador para siempre; ahora en este verso el autor pregunta “*Si pudieron hacerlo (perfeccionar) ¿no habrían éstos cesado de ser ofrecidos?*”⁵ La respuesta obvia es “sí, habrían cesado”. Pero no cesaron, sino que por muchos siglos se celebraron, lo cual indica que no pudieron ofrecer perfección. Una persona que diariamente necesita tomar su medicina, aunque esta le mantenga libre de dolores, difícilmente podrá decir que está curada, solo cuando ya no requiera más de los medicamentos gozará de salud. De la misma manera en el Antiguo Pacto los sacrificios no proveyeron la salud completa para el alma, pues, anualmente se requería repetir el sacrificio por la expiación. Ahora en el Nuevo Pacto la sangre de Jesús es tan eficaz que cura para siempre la enfermedad del alma, perdonando de una vez y para siempre los pecados de aquellos que creen en Él. Como dice Bruce “Si el antiguo orden sacrificial hubiese poseído verdadera eficacia purificadora, es decir, si hubiese tenido capacidad para limpiar la conciencia, entonces los adoradores habrían disfrutado comunión irrestricta con Dios. Es la presencia del pecado en la conciencia lo que impide tal comunión”⁶.

Los santos en el Antiguo Testamento tuvieron conocimiento de que los sacrificios de animales no tenían el poder de limpiar, ellos solo eran una sustitución por la vida de cada adorador, en vez de morir el adorador infractor, moría el animal, pero su sangre no podía limpiar sus conciencias, de manera que tenían muchas limitaciones para adorar verdaderamente a Dios. Se requerían corazones contritos, corazones humillados que

⁵ Kistemaker, Simon. Hebreos. Página 321

⁶ Bruce, F. F. La Epístola a los Hebreos. Páginas 230 y 231

reconocían su pecado delante del Dios santo. El sacrificio mecánico no servía para mucho. Escuchemos lo que dijeron algunos profetas viviendo en épocas de la vigencia de la ley sacrificial:

“Y Samuel dijo: ¿Se complace Jehová tanto en los holocaustos y víctimas, cómo en que se obedezcan las palabras de Jehová? Ciertamente el obedecer es mejor que los sacrificios, y el prestar atención que la grosura de los carneros” 1 Samuel 15:22.

“Sacrificio y ofrenda no te agrada; has abierto mis oídos; holocausto y expiación no has demandado” Sal. 40:6

“Porque no quieres sacrificio que yo lo daría; no quieres holocausto. Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado; al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios. Sal. 51:16-17

Isaías 1:10-12 es una denuncia del Señor ante los abusos e injusticias de su pueblo, los cuales se presentaban al templo para ofrecer sacrificios que no le eran agradables, pues, procedían de manos manchadas de sangre, de corazones cargados de pecado. Por lo tanto el Señor les manda *“Lavaos y limpiaos; quitad la iniquidad de vuestras obras de delante de mis ojos; dejad de hacer lo malo”*. Los sacrificios de animales por sí no limpiaban el pecado.

Y es que el pecado no es algo tan sencillo como para ser limpiado por la sangre de un animal. El pecado es un mortal enemigo, de allí que los puritanos hablaban de la *excesiva pecaminosidad del pecado*. Como dice Kistemaker *“Dios toma el pecado en serio. Él no está satisfecho con un sacrificio que se le presenta sin un corazón quebrantado y contrito. El desea una vida de obediencia y dedicada a hacer su voluntad”*⁷.

Ahora, el ideal, según lo presenta nuestro autor sagrado, es que la purificación interior o la limpieza del pecado se diera una vez y para siempre. Esta es la realidad superior de la cual el ritual antiguo era solo una sombra. Los animales sacrificados no garantizaban la limpieza interior definitiva del adorador. Pero ahora, la realidad suprema, Jesús, la sustancia a lo que apuntaban las sombras, si consiguió nuestra limpieza completa y eterna. Y esto es muy importante resaltarlo en este momento, pues, algunos sinceros hermanos en la fe cristiana

⁷ Kistemaker, Simon. Hebreos. Página 322

creen que un creyente puede ser inicialmente limpiado de sus pecados por la fe en el sacrificio de Cristo, y por lo tanto recibir la salvación, pero luego, por descuidos, este creyente salvo puede perder la salvación y recibir la condenación eterna.

Si la salvación dependiera de una constante purificación, como hacían los judíos en el antiguo pacto a través de los sacrificios anuales de animales, entonces pudiéramos pensar que si una persona dejara, en algún año, de ser beneficiada por dichos sacrificios entonces, pudiera decirse de la tal persona que se encuentra en una condición de inmundicia, pero los creyentes en el nuevo pacto no dependemos de sacrificios constantes o purificaciones anuales, sino que nuestra purificación se dio una vez y para siempre por la infinita efectividad del sacrificio del Salvador.

Cuando el autor dice *“limpios una vez”* quiere decir *“una vez para siempre”*⁸. Los que son limpiados por la sangre de Cristo, desde ese momento y para siempre, gozan de esa purificación y no requieren ninguna repetición de la misma. Jesús enseñó esta gran verdad a sus discípulos cuando les dijo *“El que está lavado, no necesita sino lavarse los pies, pues está todo limpio; y vosotros limpios estáis, aunque no todos”* (Juan 13:10). Los que verdaderamente habían creído en él ya habían sido limpiados de sus pecados y por lo tanto no necesita una nueva purificación, solo debe lavarse los pies. El lavarse los pies hace referencia a nuestra santificación, esa obra de la gracia que es resultado de la justificación. Cuando un pecador se arrepiente de sus pecados y deposita su confianza solamente en Jesús, entonces es justificado. Allí mismo es limpiado de una vez y para siempre, ya nada podrá alejarlo de la reconciliación con Dios, desde ese momento y para siempre goza de la limpieza de sus pecados. Pero en ese momento empieza una obra especial del Espíritu en su vida: la santificación. El creyente ahora no solo está limpio delante de Dios, sino que con la ayuda del Espíritu Santo buscará la limpieza práctica en su vida diaria sometiendo a los preceptos divinos y reflejando el carácter de Cristo delante de los demás. Ahora, cuando este creyente limpiado de una vez y para siempre en su ser interior comete algún pecado, su conciencia es herida por la Ley del Señor y debe confesar su pecado. Este es un ejercicio constante que hacemos en nuestro proceso de santificación, allí estamos limpiando

⁸ Bruce, F. F. La epístola los Hebreos. Página 231

“*nuestros pies*”, pero no requerimos nuevamente de una limpieza total. El apóstol Juan exhorta a los creyentes para que confiesen diariamente sus pecados: “*Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad*” (1 Juan 1:9).

Es posible que algunos creyentes lleguen a la conclusión de que la salvación se pierde debido a que no logran diferenciar las distintas aplicaciones de la obra salvadora en nuestras vidas, muchos confunden justificación con santificación, y otros no logran comprender bien lo que es la regeneración.

Hagamos un corto resumen de la aplicación de la obra salvadora en los creyentes. La salvación que Dios nos ofrece es completa y perfecta, pero, por decirlo así, conlleva una serie de aplicaciones.

La salvación inicia en la eternidad. Allí, cuando aún no existía el tiempo, Dios, en su decreto o propósito eterno escogió a un pueblo numeroso de personas a los cuales quería salvar, esto es a lo que llamamos la elección. Aunque hay muchos textos que enseñan esta verdad, debido al poco espacio que tenemos, acudiremos a un texto por cada aspecto de la salvación. El apóstol Pablo dice en Efesios 1 que todos los que llegan a creer verdaderamente en Cristo fueron escogidos en un decreto eterno “*según nos escogió en Él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad*”. La elección de los salvos se dio solo por el beneplácito divino, por su única voluntad. En este aspecto el creyente es totalmente pasivo, no hace nada para ser elegido.

El llamamiento eficaz es el segundo aspecto en la aplicación de la salvación. A los que él escogió desde la eternidad, en el tiempo establecido solo por él, los llama de manera eficaz e irresistible por el Espíritu Santo, usualmente a través de la predicación del Evangelio. Aunque a través de la predicación del Evangelio llamamos a todos los hombres al arrepentimiento, solo responderán de manera real los que, además del llamado que reciben por medio de la predicación, son convencidos por el Espíritu Santo en sus corazones. El apóstol Pablo dice que a los escogidos en la eternidad Dios los llama para que crean en Él

“A los que predestinó, también los llamó...” (Ro. 8:29). Que nadie viene a Cristo sino es llamado eficazmente por Dios lo enseñó Jesús cuando dijo: “Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere; y yo le resucitaré en el día postrero” (Juan 6:44).

La regeneración es la obra del Espíritu Santo mediante la cual hace revivir el espíritu que estaba muerto en sus delitos y pecados, Dios da vida espiritual al hombre y le capacita para creer en Cristo. Nadie puede creer verdaderamente en Cristo si primero no recibe vida espiritual, pues, las Sagradas Escrituras enseñan claramente que el hombre está muerto en sus delitos y pecados, de manera que no puede ni quiere buscar a Dios. (Ro. 3:10-12). En Juan capítulo 3 el Señor Jesús le enseña a Nicodemo, y a nosotros también, que nadie puede entrar al Reino de Dios, a la salvación, si primero no nace de nuevo. Este nacimiento inicial es indispensable para poder creer en Cristo. Así como un niño no decide nacer, de la misma manera ninguna persona puede tomar la decisión para nacer de nuevo. Esto es solo obra del Espíritu Santo, como le dijo Cristo a Nicodemo.

La justificación es la obra por la cual Dios, el juez eterno, nos declara justos, como si nunca hubiésemos pecado, basado en la obra substitutiva de Jesús. Siendo que el pago por nuestro pecado ya ha sido efectuado por Cristo en la Cruz, entonces ahora, los creyentes, los que hemos sido escogidos y llamados eficazmente por el Espíritu Santo, no tenemos que pagar más por el pecado, sino que nuestra culpa ha sido quitada ¿Por cuánto tiempo? El autor de Hebreos responde *para siempre*. Somos limpios de nuestra culpa eternamente, nuestros pecados pasados, presente y futuros fueron cargados en el sacrificio redentor de Cristo. Esta es la seguridad del creyente, no tenemos que cargar ya más con la culpa o el temor a la condenación. El creyente es totalmente pasivo en la justificación, esto es algo realizado fuera del creyente, en el tribunal divino, es una declaración legal. Alguien ya pagó la deuda y ahora el juez pone el sello sobre nuestra factura: CANCELADO

La santificación es aquel proceso en el cual participan Dios y el hombre regenerado buscando la constante liberación de la presencia del pecado y haciéndonos más semejantes a Cristo. La santificación es un proceso que dura toda la vida. No somos salvos por nuestra santificación, pero como salvos andamos en constante santificación.

La glorificación es aquel momento anhelado en el cual nos veremos libres para siempre de la presencia del pecado, esto solo se dará en el estado eterno, cuando entremos a la presencia del Señor, ya sea a través de la muerte o el arrebatamiento.

v. 3 “Pero en estos sacrificios cada año se hace memoria de los pecados; porque la sangre de los toros y de los machos cabríos no puede quitar los pecados”

El ritual anual de los sacrificios de animales, en vez de quitar el pecado y limpiar la conciencia, el efecto que producían era una “memoria” de los pecados. Ahora, esta memoria no trata de un simple recuerdo, sino de una acción. Por un lado puede apuntar al acto del arrepentimiento año tras año, pues, persistían en los mismos pecados, y por otro lado al acto divino de perdonar. Siendo que tanto el arrepentimiento como el perdón se debían renovar anualmente, entonces los adoradores no podían disfrutar de aquella paz abundante que es resultado de saberse perdonado una vez y para siempre, de aquella paz que resulta de escuchar a Dios decir: “nunca más me acordaré de sus pecados y de sus iniquidades” (Heb. 8:12). Como dice Kistemaker “La sangre de los animales sacrificados no podía quitar el pecado. Solamente la sangre de Cristo, derramada una vez para siempre, quita el pecado y limpia de culpabilidad la conciencia del hombre. El sacrificio de Cristo puso fin a los sacrificios estipulados por la ley del Antiguo Testamento. <Cristo es el fin de la ley>, dice Pablo (Ro. 10:4)”⁹.

Los sacrificios anuales, en vez de purificar la conciencia del adorador, producían un efecto contrario, traían a la memoria sus propios pecados y la conciencia de culpa se incrementaba, pues, ellos sabían que con sangre de los animales no se alcanzaba el olvido completo, de parte de Dios, de sus pecados, lo que si se pudo conseguir en el Nuevo pacto a través del sacrificio del Hijo de Dios.

El traer a memoria los pecados, de parte de Dios, significaba retribuirlos, dar la paga por los mismos. Cuando Dios traía a memoria los pecados de una persona o de una nación, era con el fin de darles castigos o reprensiones. Cuando el hijo de la viuda de Sarepta enferma gravemente en plena visita del profeta Elías, la viuda llega a la concusión que este mal se debe a que Dios está trayendo a memoria sus pecados “¿Qué tengo yo contigo varón de

⁹ Kistemaker, Simon. Hebreos. Página 322

Dios? ¿Has venido a mí para traer a memoria mis iniquidades, y para hacer morir a mi hijo?” (1 Rey. 17:18)

Ahora, los creyentes en Jesucristo, cuando venimos al culto de adoración, somos confrontados con nuestros pecados por medio de la predicación expositiva de la Palabra de Dios, y en cierto sentido hay una “memoria” de nuestros pecados. Pero “hay una diferencia entre la confesión humilde y contrita de los pecados a Dios y una regresión enfermiza sobre los pecados ya confesados y perdonados, que muy bien podría haber ocasionado la advertencia que hace Pablo: <pues ustedes no han recibido un espíritu de esclavitud que los lleve otra vez a tener miedo, sino el Espíritu que los hace hijos de Dios. Por este espíritu nos dirigimos a Dios, diciendo: ¡Padre mío!>”¹⁰.

Aplicaciones:

- Cuánta diferencia hay entre las celebraciones mosaicas y las cristianas. Anualmente los creyentes del Antiguo Pacto recordaban sus pecados en el gran día de la expiación, y esto se debía hacer con mucha contrición y dolor. El pueblo de Dios cargaba con la culpa del pecado en sus conciencias y trataban de encontrar alivio derramando la sangre de un animal que no podía ofrecer verdadera limpieza interna, sino solo una limpieza ceremonial. Hoy día los cristianos celebramos constantemente la Cena del Señor, pero no para recordar nuestros pecados, sino para hacer memoria de aquel que llevó nuestros pecados en la cruz. Ya no hay memoria de los pecados, sino un gozo inmenso por que el verdadero Cordero de Dios llevó nuestros pecados sobre su cuerpo una vez para siempre. La Santa Cena no es un momento de tristeza en el cual lloramos recordando la muerte del Señor, sino un momento de profundo y espiritual gozo en el cual *anunciamos* la muerte redentora de Jesús que quita el pecado de nuestras conciencias y nos libra de la condenación. Aunque cuando celebramos la Cena podemos mirar a Jesús crucificado a causa de nuestros pecados, el objetivo de la misma no es hacer memoria de un cordero muerto, sino de uno que vive para siempre, de uno que resucitó. El cordero para la expiación moría y quedaba para siempre en ese estado; nuestro Cordero murió, quitó la culpa para siempre de nuestras conciencias y

¹⁰ Bruce, F. F. La epístola a los Hebreos. Página 232

resucitó, de manera que ahora nos gozamos en que él vive para siempre al lado del Trono del Padre, el cual ya no es para nosotros un Trono de Juicio sino un trono de Gracia. Ahora sabemos que “*no hay ninguna condenación para los que están en Cristo Jesús*” (Ro. 8:1). Disfrutemos de la vida cristiana, gocémonos en las enormes bendiciones espirituales que Cristo conquistó para nosotros. Andemos en la libertad que produce el saberse libre de la culpa por nuestros pecados, y vivamos abundantemente para glorificar a aquel que nos salvó para que anduviésemos en buenas obras. (Ef. 2:10). Ahora estamos libres del peso de la culpa para que vivamos enteramente consagrados al Dios Santo.